

MARGOT

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO



## CAPÍTULO I

**E**N una gran casa gótica de la calle del Perche, en el Marais, vivía, en 1804, una señora anciana, conocida y apreciada de todo el barrio, llamada la señora de Doradour. Era una mujer chapada á la antigua; mas no mujer de corte, sino de la buena burguesía. Era rica, piadosa, caritativa y alegre. Llevaba vida muy retirada, sin otra ocupación que hacer limosnas y jugar al boston con los vecinos. En su casa se almorzaba á las dos y se cenaba á las nueve. No salía apenas, no siendo para ir á la iglesia, y, á veces, al regresar de ésta, dar de paso una vuelta por la Plaza Real. En una palabra, conservaba las costumbres de su tiempo, sin cuidarse gran cosa del nuestro; leía en su vida más que en periódicos, de-



jando que el mundo siguiera su marcha y pensando únicamente en morir en paz.

Como le gustase hablar—y hasta era algo charlatana—siempre tuvo consigo, en los veinte años que llevaba de viuda, una señorita de compañía. Esta señorita, de la que nunca se separaba, más bien era para ella una amiga. Se las veía constantemente juntas, ya en misa, ya en paseo, ó bien junto al fuego. La señorita Úrsula tenía las llaves de la bodega, de los armarios y aun de la papelería de la señora. Era una muchacha alta, de complexión masculina, desdenosa en el hablar, harto imperiosa y un tanto desapacible. La señora de Doradour, que no era alta, conversaba con tan desagradable criatura, colgándosele del brazo; la llamaba hija querida, y se dejaba llevar por donde ella la conducía. Demostraba ciega confianza á su favorita, y ya de antemano le había asegurado buena participación en su testamento. Úrsula, que no lo ignoraba, fingía querer á su ama más que á sí misma, y cuando hablaba de ella, siempre lo hacía mirando al cielo y entre suspiros de agradecimiento.

Obvia decir que Úrsula era la verdadera dueña de la casa. En tanto que la señora de Doradour, arrellanada en una otomana, hacía calceta en un rin-

cón de la sala, Úrsula, armada de sus llaves, recorría majestuosamente los pasillos, llamaba á las puertas, pagaba á los tenderos y hacía rabiarse á los criados. Pero, llegada la hora de cenar y de hacer compañía á su señora, presentábase tímida, vestida de obscuro y modestamente; saludaba con cierta compunción, sabía guardar las distancias y abdicar en apariencias. Nadie rezaba en la iglesia más piadosamente que ella ni bajaba más la vista. Á veces, sucedía que la señora de Doradour, cuya devoción era sincera, se dormía á medio sermón, y entonces Úrsula le daba un ligero codazo, cosa que el predicador le agradecía. La buena anciana tenía colonos, inquilinos y administradores; Úrsula comprobaba sus cuentas mostrándose incomparable en materia de discusiones. Gracias á ella no había un grano de polvo en la casa; todo estaba limpio, immaculado, frotado, cepillado; los muebles en orden, blanca la ropa, reluciente la vajilla y los relojes puestos en hora; todo esto necesitaba el ama de llaves para poder refunfuñar á su antojo y reinar en toda su gloria.

En realidad, no se le ocultaban á la anciana los defectos de su amiga, pero nunca había podido distinguir más que el bien; el mal no lo veía jamás claro, lo soportaba sin entenderlo. Todo lo podía



en ella la costumbre: hacía veinte años que Úrsula le daba el brazo y que tomaban juntas el café. Cuando la protegida gritaba demasiado, dejaba la anciana la calceta, y alzando la cabeza preguntaba con vocecilla aflautada:— ¿Qué es eso, hijita?—Mas no siempre se dignaba contestar la hijita; y de entrar en explicaciones, arreglábase de tal manera que la señora volvía á continuar su labor, tarareando cualquier canción para no oír nada más.

De pronto, tras tan largo tiempo de confianza, descubrióse que Úrsula engañaba á todo el mundo, empezando por su ama: en efecto, no sólo se formaba una renta á expensas de los gastos que dirigía, sino que además se apropiaba anticipadamente sobre el testamento vestidos, ropas y joyas.

Como la impunidad enardece, llegó á robar un estuche de diamantes que, si bien no lo usaba para nada la señora de Doradour, guardábalo, sin embargo, respetuosamente desde tiempo inmemorial en un cajón, como recuerdo de sus encantos pasados. No quiso la buena anciana llevar á los tribunales á una mujer á quien había amado, y se limitó á despedirla de su casa, negándose á verla por última vez. Al hallarse de repente en tan cruel soledad, derramó lágrimas muy amargas, y á pesar de su devo-

ción, no pudo menos de maldecir la inestabilidad de las cosas de este mundo y los despiadados caprichos del azar, que ni siquiera respetaban un error antiguo y agradable.

Uno de sus amables vecinos, apellidado Després, le hizo una visita para intentar consolarla, y la señora de Doradour le dijo:

—¿Qué va á ser de mí ahora? No puedo vivir sola... ¿en dónde hallaría otra amiga? Tan querida me era la que acabo de perder y me había yo acostumbrado tanto á ella, que no obstante el triste modo de recompensarme, lamento no tenerla ya á mi lado. ¿Quién me responderá de otra? ¿Qué confianza puedo tener ahora en una desconocida?

—La desgracia que le ocurre, señora —respondió Després,— sería para siempre irreparable si indujera á dudar de la virtud á un alma como la suya. En este mundo, hay muchos miserables y los hipócritas abundan; pero hay también gentes honradas. Tome usted otra señorita de compañía, no á la ligera, mas tampoco con escrupulosidad excesiva. Una vez han abusado de su confianza, lo cual es una razón para que no abusen otra.

—Creo que está usted en lo cierto—dijo la señora;—pero yo me encuentro muy triste y turbada. No conozco á un



alma en París... ¿podría usted hacerme el favor de tomar algunos informes y buscarme una joven honrada que sería muy bien tratada aquí y que sirviese cuando menos para darme el brazo al ir á la iglesia de San Francisco de Asís?

Después, en su condición de habitante del Marais, no era ni muy vivaracho ni muy conocido. No embargante, empezó á indagar; y pocos días después, tuvo la señora de Doradour una nueva ama de llaves, á quien á los dos meses ya había concedido toda su amistad, pues la pobre anciana era tan ligera como buena. Pero dos ó tres meses después, tuvo que poner en la calle á la recién llegada, no porque no fuese honrada, sino por su poca cortesía. Fué esta nueva ocasión de tristeza para la señora. Quiso hacer nueva elección; recurrió á toda la vecindad; hasta acudió á los *Petites Affiches*<sup>1</sup>, mas no consiguió nada.

Llegó á desalentarse. Entonces vióse á aquella buena mujer ir sola á la Iglesia, apoyada en un bastón. Según decía, había resuelto acabar sus días sin ayuda de nadie, y en público se afanaba por conllevar alegremente sus años y sus pesares; mas las piernas le tembla-

1) Periódico que se publica en París, dedicado á insertar anuncios en que se ofrecen y se solicitan empleos, compras, etc, y que podría traducirse por *Diario de Avisos*.

ban al subir la escalera, pues contaba setenta y cinco años; veíasela por la tarde al lado del fuego, con las manos juntas y la cabeza baja; no podía soportar la soledad; su salud, ya debilitada, no tardó en quebrantarse; poco á poco iba muriéndose en profunda melancolía.

Tenía un hijo único, llamado Castor, que abrazó en edad temprana la carrera de las armas y que en aquel momento se hallaba prestando servicio. La anciana le escribió contándole sus cuitas y suplicándole que viniera á auxiliarla en su triste situación. Castor, que amaba tiernamente á su madre, pidió y obtuvo licencia. Mas por desgracia, su punto de guarnición era Estrasburgo, donde como es sabido, abundan las más lindas obreritas de Francia. Sólo en dicha ciudad se ven esas alemanas morenas, llenas al mismo tiempo de la languidez germánica y de la viveza francesa. Castor se veía favorecido por dos hermosas estancieras que no quisieron dejarle marchar; en vano intentó él convencerlas; hasta llegó á enseñarles la carta de su madre; pero tantas y tan malas razones le dieron ellas, que el joven se dejó persuadir y fué retrasando más y más la partida.

Durante este intervalo de tiempo, la anciana cayó gravemente enferma. Ha-



bía nacido tan alegre y era en ella tan poco natural la pena, que sólo podía acogerla como enfermedad. Los médicos no sabían lo que hacer.

—Déjenme—les decía,—quiero morir sola. Ya que cuanto yo amaba me ha abandonado ¿qué apego puedo tener á lo que me queda de una vida que á nadie interesa?

La más profunda tristeza reinaba en aquella casa, como también el mayor desorden. Los criados, que veían á su ama moribunda y sabían que el testamento estaba ya hecho, descuidaban la morada. El piso, antes tan bien atendido, y los muebles, tan bien arreglados antes, estaban cubiertos de polvo...

—¡Ay! ¡Úrsula querida!—exclamaba la pobre señora.—¿En dónde está usted? ¡Ahora podría despedir á esos tunantes!

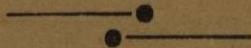
Un día en que estaba muy mal, se la vió con extrañeza sentarse de pronto en la cama, apartar las cortinas y calzarse las gafas. Tenía en la mano una carta que le acababan de entregar y que desdobló cuidadosamente. En la parte superior del papel, había una bonita viñeta que representaba el templo de la Amistad, con un altar en medio y en éste dos corazones inflamados. La carta venía escrita con grandes caracteres bastardos, las palabras estaban perfectamente alineadas, con largos rasgos en

las mayúsculas. Era una felicitación de año nuevo, concebida poco más ó menos en estos términos:

«Muy señora mía y querida madrina: Como de toda la familia soy yo la única que sabe escribir, tomo la pluma para deseárselo bueno y feliz. Papá, mamá y mis hermanos se lo desean también. Hemos sabido que estaba usted enferma, y pedimos á Dios que la conserve, lo que sucederá seguramente. Me tomo la libertad de remitirle adjunto unas salchichas, y con gran respeto y cariño se despide de usted su ahijada y S. S.

MARGARITA PIÉDELEU.»

Después de leer esa carta, la señora de Doradour la dejó bajo la almohada; acto seguido, mandó llamar á Després y le dictó la respuesta. Nadie en la casa se enteró de ello; pero en cuanto hubo salido la contestación, la enferma parecía más tranquila y, pocos días después, la vieron más alegre y sana que nunca.







## CAPÍTULO II

**E**L bueno de Piédeleu era natural de Beauce, en donde había pasado toda su vida y en donde también pensaba morir. Era un viejo y honrado cortijero de las tierras de Honville, cerca de Chartres, tierras que pertenecían á la señora de Doradour. En su vida había visto una selva ni un monte, pues nunca salía del cortijo sino para ir al pueblo ó á sus alrededores, y ya se sabe que Beauce es una llanura. Verdad es que había visto un río, el Eura, que corría por cerca de su casa. En cuanto á la mar creía en ella como se cree en el Paraíso, es decir, pensando que habría que verla. Por tales motivos no hallaba en el mundo más que tres cosas dignas de admiración: el campanario de Chartres, una hermosa moza y un buen cam-



po de trigo. Su erudición se limitaba á saber que en verano hace calor y que hace frío en invierno, y á conocer el precio de los granos en el último mercado. Pero cuando, bajo el sol del mediodía, á la hora en que descansan los labradores, salía del corral el buen hombre para saludar á sus mieses, daba gusto ver perfilarse en el horizonte su corpulencia y su elevada estatura. Creyérase entonces que los trigos se mantuvieran más rígidos, más altivos que de ordinario, y hasta la reja de los arados parecía más reluciente. Al verle, los mozos de labranza, que tumbados á la sombra estaban almorzando, descubríanse con deferencia, al tiempo que tragaban buenos trozos de pan y queso. Los bueyes rumiaban apaciblemente y los caballos se erguían bajo la mano del amo, que les acariciaba la abultada grupa.

—Nuestro país es el granero de Francia—decía á las veces el cortijero.

Luego, echaba á andar, inclinando la cabeza, miraba los surcos bien alineados y absorbíase en su contemplación.

Su esposa le había dado nueve hijos, de los cuales ocho eran varones, y si no tenía cada uno seis pies de alto, no le faltaría mucho. Verdad es que esa era también la estatura del padre, y que la madre medía cinco pies y cinco pulga-

das. era ésta la mujer más hermosa de la región. Los ocho muchachos, fuertes como robles, terror y admiración del pueblo entero, obedecían como esclavos á su padre. Eran, por decirlo así, sus primeros y más celosos criados, y tan pronto ejercían el oficio de carreteros como el de labradores. Ya se les viera con las mangas recogidas y horca en mano construyendo un almiar, ya se les encontrase los domingos, del brazo unos de otros, al ir á misa con el padre al frente, ya en fin se les contemplara por la noche, después del trabajo, sentados en derredor de la larga mesa en la cocina, hablar al comer la sopa y chocar los vasos de estaño al beber, los ocho mocetones ofrecían de todos modos un espectáculo agradable.

En medio de aquella familia de gigantes, vino al mundo una criaturita rebosando salud, pero muy pequeña; era el noveno vástago de la mujer de Piédelleu, una niña, Margarita, á la que llamaban Margot<sup>1</sup>. Su cabeza no llegaba al hombro de sus hermanos, y cuando el padre la quería besar, nunca dejaba de levantarla del suelo y ponerla sobre la mesa. Margot no tenía aún diez y seis años: la nariz respingada, la boca bien dibujada, bien guarnecida y siempre

1) *Margot*: diminutivo francés de Marguerite (Margarita).



risueña, el cutis dorado por el sol, los brazos redondos y el abultadito busto le hacían parecer la alegría personificada, y alegría era para toda la familia. Sentada entre sus hermanos, brillaba y regocijaba la vista como un aciano en un ramo de trigo.

—Realmente no sé— decía el buen cortijero— como se ha arreglado mi mujer para hacerme esta hija, verdadero regalo de la Providencia; pero el caso es que esta chicuela me hará feliz toda la vida.

Margot dirigía la casa; la tía Piéde-leu, aunque joven todavía, la encargó de ese cuidado para acostumarla pronto al orden y la economía. Margot guardaba la ropa blanca y el vino; custodiaba la vajilla, que no se dignaba lavar; pero en cambio, ponía la mesa, servía de beber y, á los postres, entonaba alguna canción. Los criados de la casa llamábanla siempre señorita Margarita, pues tenía cierto aire de autoridad. Por lo demás, como decían aquellas gentes, era tan buena como una imagen. No quiero decir que no fuese coqueta; era joven, bonita é hija de Eva. Pero ¡que á ningún mozo, ni aún de los más encopetados del lugar, se le ocurriese apretarle demasiado el talle! pues no lo pasaría muy bien. El hijo de un cortijero, un tal Jarry, que era lo que se llama un mal

sujeto, la besó un día al bailar y fué pagado con una sonora bofetada.

El cura apreciaba en sumo grado á Margot. Cuando tenía que citar un ejemplo, escogíala á ella, y hasta la hizo un día el honor de hablar de ella en el sermón y ponerla por modelo á sus ovejas. Si el progreso de las luces, como le llaman, no hubiese suprimido las *rosières*<sup>1</sup>, buena y honrada costumbre de nuestros abuelos, luciera Margot rosas blancas, lo que sería preferible á un sermón; pero los señores del 89 suprimieron también algo más. Margot sabía coser y hasta bordar; además, su padre quiso que supiese leer y escribir y que aprendiese ortografía, algo de gramática y geografía. Encargóse de su educación una religiosa carmelita. Así es que Margot era también el oráculo del lugar; en cuanto abría la boca, quedaban embelesados los lugareños. Decían que la tierra era redonda, y ellos la creían al instante. Los domingos, cuando bailaba en el césped, se hacía corro en torno suyo, pues había tenido profesor de baile y su paso de *bourrée*<sup>2</sup> maravillaba á

1) *Rosière*, joven núbil á quien, según una institución piadosa, se concede un premio por su virtud, coronándola de rosas en una fiesta solemne, que, si bien suprimida en la época á que se refiere el autor, hoy día es, sin embargo, común en muchos pueblos y poblaciones de Francia.

2) Danza de Auvernia.



todo el mundo. En una palabra, hallaba al mismo tiempo el medio de ser querida y admirada, lo que puede pasar por cosa difícil.

Ya sabe el lector que Margot era ahijada de la señora de Doradour, como está asimismo enterado de la felicitación de año nuevo que á su madrina había escrito en un lindo papel con viñetas. Esa carta, que no tenía diez líneas, costó á la cortijerita honda reflexión y gran trabajo, pues no estaba la niña muy ducha en literatura. El caso es que la señora de Doradour, que siempre quiso mucho á Margot, á la cual tenía por la muchacha más honrada del pueblo, decidió pedirla al padre y convertirla, á poder ser, en su señorita de compañía.

Cierto día, estaba el cortijero en el patio, ocupadísimo en mirar una rueda nueva que acababa de poner á uno de sus carros. La tía Piédeleu, en pie bajo el cobertizo, sujetaba gravemente con unas enormes tenazas el hocico de un toro taciturno, para impedir que se moviera mientras el veterinario le curaba. Los mozos del cortijo limpiaban los caballos que venían del abrevadero. Ya volvía el ganado; una majestuosa procesión de vacas se encaminaba hacia el establo, bajo el sol poniente, y Margot, sentada en un haz de trébol, estaba le-

yendo un número atrasado del *Diario del Imperio*.

El cura apareció también en aquel momento, acercóse á Piédeleu y le entregó una carta de parte de la señora de Doradour. Respetuosamente abrió el cortijero la misiva, y apenas hubo leído las primeras líneas, tuvo que sentarse en un banco por lo muy emocionado y sorprendido que quedó.

—¡Pedirme á mi hija!—exclamaba.—  
¡Á mi única hija! ¡Á mi pobre Margot!

Á estas palabras acudió asustada la mujer; los chicos, que regresaban del campo, rodearon al padre. Sólo Margot quedó aparte, sin atreverse á moverse ni á respirar. Tras las primeras exclamaciones, toda la familia guardó triste silencio.

El cura empezó á hablar entonces, enumerando todas las ventajas que pudiera tener para Margot el aceptar la proposición de su madrina. Dijo que la señora de Doradour había prestado buenos servicios á los Piédeleus; que era su bienhechora, que necesitaba de alguien que le hiciera agradable la vida, alguien que cuidase de ella y de su casa; añadió que se dirigía, confiada, á sus colonos y, en fin, que no dejaría de tratar bien á su ahijada y de asegurarle un porvenir. El bueno del cortijero escuchó al cura sin decir una palabra; des-



pués pidió algunos días para reflexionar antes de tomar una determinación.

Al cabo de una semana, tras muchas vacilaciones y lágrimas, resolvió que Margot se pusiera en camino para París. La madre estaba inconsolable; decía que era vergonzoso convertir á su hija en criada, cuando no tenía más que escoger entre los mejores mozos del pueblo para volverse rica cortijera. Los hijos de Piédeleu no conseguían ponerse de acuerdo, cosa que ocurría por primera vez en su vida. Discutían todo el día, unos consintiendo, negando otros. En fin, en la casa había un desorden y un dolor inauditos. Mas el padre, recordando que, un mal año, la señora de Doradour en vez de exigirle el importe del alquiler le había enviado un saco de escudos, impuso silencio á todo el mundo y decidió que su hija marchase.

Llegado el día de la salida, se enganchó un caballo al carricoche para conducir á Margot á Chartres, en donde debía tomar la diligencia. Nadie fué al campo aquel día; casi todo el pueblo se reunió en el patio del cortijo. Á Margot le habían hecho un ajuar completo; todo el carricoche se hallaba colmado de cajas hasta el techo; no querían los Piédeleu que su hija representase mal papel. Margot se había despedido ya de todos, é iba á abrazar á su padre, cuan-

do el cura la cogió de la mano y le hizo una alocución paternal acerca de su viaje, de su vida futura y de los peligros que iba á correr.

—Conserve su cordura, joven—le dijo al terminar, el digno sacerdote;—es el más precioso de todos los tesoros: vele por él, que Dios se encargará de lo demás.

Piédeleu lloraba de emoción, si bien no comprendió todo el discurso del cura. Estrechó á su hija contra el corazón, la besó, la dejó, volvió á ella, la besó otra vez, quería hablar y la turbación se lo impedía:

—Retén bien los consejos del señor cura—dijo al fin con voz acongojada;—no los olvides, hijita mía...

Después, súbitamente, añadió:

—¡No los olvides! ¡Por vida del diablo!

El cura, que en aquel instante extendía las manos para dar la bendición á Margot, detúvose en seco al oír tamañas palabras. El bueno del cortijero había jurado para vencer su emoción; volvió luego la espalda al clérigo y marchóse á su cuarto sin decir una palabra más.

Margot montó al carricoche, y ya iba el caballo á arrancar, cuando se oyó un sollozo tan grande, que todo el mundo se volvió. Notóse entonces la presencia



de un muchacho de unos catorce años, en quien nadie había reparado. Llamábanle Perico, y no tenía oficio muy noble, pues era guardador de pavos; pero quería entrañablemente á Margot, no con amor, sino con amistad. También Margot quería á aquel pobre diablo. Varias veces le había dado un puñado de cerezas ó un racimo de uvas para acompañar su pan seco. Como no le faltase inteligencia, la chicuela se complacía en hacerle hablar y en enseñarle lo poco que ella sabía, y, por ser ambos casi de la misma edad, sucedía á veces que, terminada la lección, maestra y discípulo jugaban juntos al escondite. En aquel momento, traía Periquito un par de zuecos que Margot, compadecida de verle descalzo, le había regalado. De pie, en un rincón del patio, rodeado de su modesto rebaño, miraba Perico sus zuecos y lloraba á lágrima viva. Hízole Margot seña de que se acercase y le tendió la mano; el chico la cogió, llevándosela al rostro, cual si quisiera besarla, pero la posó en sus ojos. Margarita la retiró completamente bañada en llanto. Dijo, luego, por última vez, adiós á su madre y púsose en camino el carricoche.



## CAPÍTULO III

**U**ANDO subió Margot á la diligencia en Chartres, la idea de recorrer veinte leguas y de ver á París le absorbía de tal modo que se olvidó de comer y de beber. Por mucho que la desconsolase dejar su pueblo, no podía menos de sentir curiosidad, pues con tanta frecuencia había oído hablar de París como una maravilla, que le costaba trabajo imaginar que iba á ver con sus propios ojos tan hermosa población.

Entre sus compañeros de camino, había un viajante de comercio, quien, según costumbre del oficio, no dejó de hablar. Margot le escuchaba con religiosa atención. Á las pocas preguntas que ésta se aventuró á dirigir, comprendió aquel cuán novicia era, y, exa-



gerando todo lo que pudo, describió la capital, de manera tan ampulosa y extravagante, que se hacía difícil saber si se trataba de París ó de Pekín. Margot se guardó bien de reprenderle y por otra parte, no era él hombre á quien detuviese la idea de que la joven se percataría de sus mentiras al primer paso. Por esto no se puede admirar demasiado el supremo atractivo de la farfantería. Recuerdo que, yendo yo á Italia, me sucedió lo mismo que á Margot; uno de mis compañeros de viaje me hizo una descripción de Génova, ciudad que iba yo á visitar: mentía en el barco que nos llevaba, mentía estando á la vista de la ciudad y hasta en el puerto mentía.

Los coches que vienen de Chartres entran en París por los Campos Elíseos. Puede suponerse la admiración de una de Beauceron ante el aspecto de tan magnífica entrada, que no tiene igual en el mundo y que se creyera construída para recibir á un héroe triunfante, dueño del resto del universo. Las tranquilas y estrechas calles del Marais pronto parecieron á Margot tristísimas. Sin embargo, al pasar el coche ante la puerta de la señora de Doradour, encantó á la mozueta la buena apariencia de la casa. Alzó la aldaba con temblorosa mano y llamó con cierto miedo mezclado de

placer. La anciana esperaba á su ahijada; la recibió con los brazos abiertos, le prodigó mil caricias, llamóle hija querida, la puso en una butaca, y ante todo mandó que le dieran de cenar.

Aturdida por el ruido de la carretera, miraba Margot los cortinajes, el artesonado, los dorados muebles, y especialmente, las soberbias lunas que decoraban la sala. Ella, que nunca se peinó más que ante el modesto espejo en que su padre solía afeitarse, juzgó seductor y prodigioso ver su imagen repetida de tan diferentes maneras en torno suyo. El acento delicado y cortés de su madrina, sus expresiones nobles y escogidas le producian también gran impresión. Y hasta el mismo vestido de la anciana, amplia bata de seda con flores, su enorme cofia y los empolvados cabellos daban que pensar á Margot y le hacían creer que se hallaba frente á un ser particular. Como tenía imaginación pronta y fácil, y al mismo tiempo esa propensión á la imitación, tan natural en los niños, apenas había hablado una hora con su madrina, cuando ya intentaba modelarse en ella. Se irguió, se arregló la cofia y llamó en su ayuda cuanto sabía de gramática. Por desgracia, un vinillo demasiado bueno, que la madrina le había dado puro para reparar el cansancio del viaje, le embrolló las



ideas; se le cerraban los párpados. La señora de Doradour la cogió de la mano y la condujo á una habitación suntuosa, tras lo cual volvió á besarla, deseándole buena noche.

Casi al instante, llamaron á la puerta; entró una doncella que despojó á Margot del chal y de la cofia y se puso de rodillas para descalzarla. Margot se dormía de pie y se dejaba querer. Hasta que le quitaron la camisa no se enteró de que la estaban desnudando, y sin fijarse en que se hallaba completamente en cueros, hizo un gran saludo á la criada; rezó luego la oración de la noche y se acostó rápidamente. A la luz de la lamparilla, vió que también su cuarto tenía muebles dorados y que había igualmente en él uno de los magníficos espejos que tanto le llamaron la atención. Sobre dicho espejo se hallaba un entablamento, y los amorcillos en él esculpidos antojáronsele á la niña otros tantos buenos genios que la invitaban á mirarse allí. Decidió no dejar de hacerlo y se durmió deliciosamente, mecida por el más dulce de los sueños.

En el campo, se levanta la gente muy temprano; nuestra aldeanita se despertó, al día siguiente, con los pájaros. Sentóse en la cama y, divisando en el espejo su linda carita, honróse con una graciosa sonrisa. Pronto reapare-

ció la sirvienta y preguntó respetuosamente si la señorita quería bañarse, al par que le echaba por los hombros una bata de franela escarlata que á Margot le parecía el manto de púrpura de un rey.

El cuarto de baño de la señora de Doradour era un recinto más mundano de lo que á una beata corresponde; fué construído en tiempo de Luis XV. La bañera, erigida en un estrado, estaba instalada en una bóveda de estuco orlada de rosas doradas; por el techo de la pieza abundaban los consabidos amorcillos. En el tablero opuesto al estrado, se veía una copia de las *Bañistas* de Boucher, copia reproducida quizá por el mismo Boucher; por el artesón se extendía una guirnalda de flores; blanda alfombra cubría el suelo, y una cortina de seda, galantemente recogida, dejaba penetrar una media luz misteriosa al través de la persiana. Por supuesto que semejantes gálas estaban algo ajadas por efecto del tiempo y que también los dorados habían envejecido; pero por esta misma razón eran más agradables y en ellos se percibía como un resto de perfume de aquellos sesenta años de locura en que reinó el rey muy amado.

Sola en aquel cuarto, acercóse Margot tímidamente al estrado. Examinó primero los dorados grifos sitos á cada lado de la bañera; no se atrevía á entrar



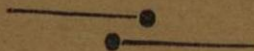
en el agua, que le parecía deber ser por lo menos agua de rosas; introdujo despacito una pierna, luego la otra y después, permaneció en pie, contemplando el cuadro frontero. No entendía de pintura; las ninfas de Boucher se le antojaban diosas; no creía que pudieran existir en la tierra mujeres semejantes ni que se pudiese comer con manos tan blancas ni andar con pies tan pequeños. ¡Qué no diera ella por ser igualmente hermosa! No se figuraba que con sus manitas tostadas valía cien veces más que aquellas muñecas. Un ligero movimiento de la cortina sacó á Margot de su distracción; estremeci6se ante la idea de ser sorprendida así y se sumergió en el agua, hasta el cuello.

No tardó en invadirla una impresión de molicie y bienestar. Empezó como hacen las niñas, por jugar en el agua con la punta de la bata; se entretuvo luego en contar los rosetones y flores del cuarto, después examinó los amorcillos, cuyos abultados vientres le disgustaban. Apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y miró por la ventana que permanecía entornada.

El cuarto de baño estaba en la planta baja y su ventana daba al jardín. No era, como puede suponerse, un jardín inglés, sino un antiguo jardín con arreglo á la moda francesa, que vale tanto

como cualquiera otra: se componía de hermosas alamedas enarenadas, orilladas de bojés, grandes terrazas en que brillaban los más variados colores, bellas estatuas de espacio en espacio, y en el fondo, un laberinto formando glorieta. Margot miraba el laberinto, cuya sombría entrada le hacía soñar. Acudía á su memoria el juego del escondite y pensaba que en las revueltas de la glorieta no faltarían buenos sitios donde esconderse.

En el mismo momento, salió del laberinto un guapo mozo vestido de húsar y se encaminó hácia la casa. Después de cruzar la terraza, pasó tan cerca de la ventana del cuarto de baño, que movió con el codo la persiana. Margot no pudo contener un ligero grito que el susto le arrancó; detúvose el joven, abrió la persiana y asomó la cabeza; vió á Margot en el baño, y aunque húsar, se puso colorado. Margot se sonrojó también, y el joven se retiró.







#### CAPÍTULO IV

**H**AY bajo el sol una cosa enfadosa para todo el mundo, y en particular para las niñas: que la cordura es un trabajo y que sólo para ser razonable hay que pasar muchas fatigas, mientras que, para cometer tonterías, basta seguir el propio impulso. Nos enseña Homero que Sísifo era el más prudente de todos los mortales, y sin embargo, los poetas le condenan unánimemente á llevar rodando hasta lo alto de una montaña una enorme peña, que vuelve á caer en seguida sobre el pobre hombre, el cual empieza de nuevo á rodarla. Los comentaristas se han devanado los sesos para averiguar la razón de tal suplicio; yo no dudo que los antiguos quisieron representar con tan bella alegoría, la prudencia. Esta es,



en efecto, una gran piedra que nosotros rodamos sin tregua y que constantemente vuelve á caer en la cabeza. Notad bien que el día en que se nos escapa, de nada nos sirve haberla estado rodando durante largos años, mientras que, al contrario, si un loco llega á hacer, por casualidad, una acción razonable, se le agradece sumamente. Mucho dista la locura de ser una piedra: es una bola de jabón que va danzando ante nosotros y coloreándose, cual arco iris, de todos los matices de la creación. Ocurre, es verdad, que la bola estalla y nos salpica algunas gotas de agua á los ojos; pero al instante se forma una nueva, y nos basta respirar para sostenerla en el aire.

Con esas reflexiones filosóficas, quiero demostrar que no es extraño que Margot se enamore algo del joven que la vió bañarse, y quiero también decir que no por eso debe formarse de ella mal concepto. Cuando el amor se mezcla en nuestras cosas, no necesita que le ayuden, y sabemos que cerrarle la puerta no es medio de impedirle entrar; en el caso que nos ocupa, entró por la ventana, y ved aquí cómo:

El joven con uniforme de húsar no era sino Castor, el hijo de la señora de Doradour, que no sin trabajo consiguió desprenderse de los amores de su guarni-

ción, y que acababa de llegar á casa de su madre. Quiso el cielo que el cuarto en que se albergaba Margot estuviera en la esquina del edificio, y que en ésta se hallase también la habitación del muchacho, es decir que las ventanas de ambos jóvenes eran casi fronteras, y al mismo tiempo, estaban muy cerca una de otra. Margot cenaba con la señora de Doradour, y pasaba la tarde á su lado hasta la hora de cenar; pero desde las siete de la mañana hasta las doce del mediodía, permanecía en su cuarto. A esas horas Castor se quedaba casi siempre en el suyo. Margot no tenía, pues, mejor que hacer, que coser junto á la ventana y mirar á su vecino.

En todos tiempos causó la vecindad grandes desdichas; no hay nada tan peligroso como una bella vecina; y aunque fuese fea, no me fiara yo mucho, porque á fuerza de verla sin cesar, tarde ó temprano llega el día en que se acaba por encontrarla bella. Castor tenía colgado de la ventana un espejito redondo, como suelen tener los muchachos. Ante ese espejo se afeitaba, se peinaba y se ponía la corbata. Notó Margot que el joven tenía cabellos rubios, rizados naturalmente; esto fué causa de que ella comprase primero, un frasco de aceite perfumado con violeta, y de que cuidase que las dos banditas de cabellos



negros que le salían de la cofia estuvieran siempre muy lisas y brillantes. Observó también que Castor tenía bonitas corbatas y que las variaba muy á menudo; y compró ella una docena de pañuelos, los más lindos de todo el Marais. Tenía, además, Castor esa costumbre que tanto indignaba al filósofo de Ginebra y que le hizo reñir con su amigo Grimm: se hacía las uñas, como dice Rousseau, con un instrumento construído expresamente para ese uso. Margot no era tan grande filósofo como Rousseau, y en vez de indignarse, compró un cepillo y, para ocultar sus manos, que como ya he dicho, eran un tanto coloradas, escogió unos mitones negros que solo le dejaban al descubierto las yemas de los dedos. Otras muchas cosas poseía Castor que Margot no podía imitar, como, por ejemplo, un pantalón encarnado y una chaqueta azul celeste con trencillas negras. Cierto es que Margot tenía una bata de franela escarlata, pero ¿qué responder á la chaqueta azul? Pretendía tener dolor de oídos, y para la mañana, se hizo una capotita de terciopelo azul. Como viera á la cabeceira del lecho de Castor un retrato de Napoleón, quiso tener el de Josefina. En fin, un día en que, durante el almuerzo, dijo Castor que le gustaba mucho una buena tortilla, Margot venció

su timidez y realizó un acto de valor: declaró que nadie en el mundo freía las tortillas como ella, que en casa de sus padres las hacía siempre, y suplicaba á su madrina que probase una salida de sus manos.

Así trataba la pobre niña de manifestar su amor; pero Castor no lo echaba de ver. ¿Cómo un joven atrevido, acostumbrado á ruidosas diversiones y á la vida de guarnición iba á notar aquella imaginación infantil? Las modistillas de Estrasburgo se componen de otra manera cuando se les mete un capricho en la cabeza. Castor cenaba con su madre; luego, salía por toda la noche; y Margot que no podía dormir sin que él volviese, le esperaba detrás de la cortina. A veces, viendo luz en el cuarto de Margot, pensaba el joven, al atravesar el patio:—¿Por qué no se habrá acostado esa chiquilla?—Sucedía también que, mientras se componía, dirigía á Margot alguna mirada distraída que llegaba á ésta al alma; pero la niña volvía en seguida la cabeza y antes se moriría que atreverse á sostener tal mirada. Hay que decir también que, en la sala, no parecía ya la misma. Sentada junto á su madrina, estudiábase para parecer grave y reservada y escuchar decorosamente la charla de la señora Doradour. Cuando Castor la hablaba, respondía lo me-



por que podía; mas le respondía casi sin emoción, lo que parecerá extraño. Que explique quien pueda lo que pasa en un cerebro de quince años: el amor de Margot estaba, por decirlo así, encerrado en su cuarto, en el cual lo encontraba así que en él se introducía, y donde lo dejaba al salir de él; pero quitaba la llave de la puerta para que, en su ausencia, nadie pudiese profanar su pequeño santuario.

Por otra parte, fácil es suponer que la presencia de la señora de Doradour debía de hacerla circunspecta y obligarla á reflexionar, pues semejante presencia le recordaba sin cesar la distancia que le separaba de Castor. Otra que no fuera Margot, se hubiera quizá desesperado, ó más bien, se hubiese curado, al ver el peligro de su pasión; pero á Margot nunca se le ocurrió preguntarse, ni aun en lo más profundo del corazón, de qué le serviría su amor; y en efecto: hay alguna pregunta más falta de sentido que ésta que continuamente se dirige á los enamorados:—¿Qué consigue usted con eso?—¡Pues bien, buenas gentes! con eso consigo amar.

En cuanto Margot despertaba, saltaba del lecho y corría descalza, con la cofia, á apartar el extremo de la cortina para ver si Castor había abierto sus celosías. Si éstas estaban cerradas, volvía á acos-

tarse al momento y acechaba el instante en que oyese el ruido de la falleba, que nunca la engañaba. Llegado ese instante, poníase las zapatillas y la bata, abría á su vez la ventana, y asomaba á uno y otro lado la cabeza, con cara de sueño, como para mirar el tiempo que hacía. Luego, cerraba una de las hojas de la ventana, de modo de no la viera más que Castor; después instalaba el espejo en una mesita y empezaba á peinarse la hermosa cabellera. No sabía que una verdadera coqueta se presenta cuando ya está adornada, pero no se deja ver cuando se está adornando; como Castor se peinaba ante ella, ella se peinaba ante él. Tapada por el espejo, aventuraba tímidas ojeadas, dispuesta á bajar la vista si Castor la mirase. Una vez bien peinados y recogidos los cabellos, cubríase la cabeza con una pequeña cofia de tul bordado á la aldeana, que no había querido dejar; esa cofia estaba siempre muy blanca, lo mismo que el gran cuello vuelto que le cubría los hombros y le daba cierto aspecto de monjita. Y así, quedábase con los brazos al aire, en enaguas cortas, esperando el café. Al poco rato aparecía Pelagia, su doncella, con una bandeja en la mano y escoltada por el gato de la casa, mueble indispensable en el Marais y que nunca dejaba de ir á presentar por



las mañanas sus respetos á Margot. Entonces gozaba del privilegio de instalarse frente á ella en una silla poltrona y compartir con la niña el desayuno. Esto era para la joven un pretexto de coquetería, como puede suponerse. El gato, viejo y mimado, enroscado como una pelota en la butaca, recibía con gran seriedad besos que no eran para él. Margot le hostigaba, le cogía en brazos, le echaba en la cama, ahora le acariciaba, ahora le irritaba; en los diez años que llevaba el felino en la casa, nunca se vió en fiesta tal, y no es que se hallase verdaderamente satisfecho; pero todo lo acogía con paciencia, pues era de buen natural y quería mucho á Margot. Tomado el café, la joven se acercaba otra vez á la ventana, volvía á mirar si hacía buen tiempo y luego, empujaba la hoja que había quedado abierta, aunque sin cerrarla del todo. Para quien tuviera instinto de cazador, era aquel el momento de ponerse en acecho. Margot acababa su tocado, y no quiero decir que se dejaba ver. No; se moría de miedo de ser vista y de ganas de dejarse ver. ¿Y era Margot una muchacha formal? Sí, formal, honesta é inocente. ¿Y qué hacía? Se estaba calzando; se vestía la enagua y el traje, y, de cuando en cuando, por la rendija de la ventana, se la hubiera podido ver alargar el brazo

para coger un alfiler de sobre la mesa. ¿Y qué hubiera hecho si la hubiesen acechado? Habría cerrado inmediatamente la ventana. En ese caso ¿por qué dejarla entornada? Preguntadlo á ella; yo nada sé.

En este estado se hallaban las cosas, cuando, cierto día, la señora de Doradour y su hijo tuvieron una larga conversación á solas. Entre ellos había un aire de misterio y á veces se hablaban á medias palabras. Poco tiempo después, la señora Doradour dijo á Margot:

—Hija mía, vas á volver á ver á tu madre; vamos á pasar el verano en Honville.